

## Lo femenino y la posición del analista

CRISTINA CORONEL

Fue una buena sorpresa para mí recibir la invitación de Christian Ríos a participar de este seminario. Por una parte, por la consideración de que mi palabra puede agregar algún valor, lo agradezco; y por otra, porque me parece un espacio interesante de conversación sobre la enseñanza de Lacan y sus consecuencias en la práctica del psicoanálisis, y para pensar nuestro tiempo.

Su título, *Las mujeres analistas*, le agrega a la sorpresa un efecto perturbador y problemático: hablar de las mujeres..., y analistas... dos términos acerca de los cuales en el psicoanálisis de orientación lacaniana no tenemos un concepto, una definición; decimos no hay *la mujer*, no hay *el analista*. Enunciar *las mujeres*, *los analistas* sugiere el intento de incluirlos en un universo, lo cual connota un imposible. Tanto analistas como mujeres solo hay uno por uno.

Entonces estos dos términos anudados *las mujeres analistas* me enfrentan a un imposible duplicado. Pero paradójicamente esto motivó también un deseo de intentar decir, hablar acerca de este tema que nos convoca. ¿Cómo explicar esta motivación? Y, ¿no es

acaso el agujero de lo imposible lo que nos hace hablar? Asumo entonces la tarea de transitar por el borde, lo cual es diferente de captar y decir la esencia, el *para todos de las mujeres analistas*, que solo llevaría, como nos dice Lacan, a *maldecirlas*. Ya que en las en la fórmula del *ser dicho mujer el paratodo se paranotodea* (Lacan, 1984: 36).

## Aportes de mujeres analistas al movimiento psicoanalítico

Pero Lacan mismo se ha referido a las mujeres analistas, y como señaló Eric Laurent hace tiempo en *Posiciones femeninas del ser* (1999: 7-20): “Fue Lacan quien construyó la categoría de analista mujer a lo largo de los seminarios...” Laurent destaca allí como llamativo que probablemente el psicoanálisis sea el discurso que, en el siglo XX les ha dado más abiertamente un lugar a las mujeres que lo practicaban. Y agrega con perspicacia: “Antes que las iglesias, el psicoanálisis como discurso ordenó masivamente a mujeres sacerdotes. Es una profesión extremadamente feminizada [...]”. A partir de la lectura de las biografías de varias analistas, que cita Lacan -no solo Ana Freud y Melanie Klein, sino otras, fuera de los círculos de aquellas, como Helen Deutsch, Marie Bonaparte, Lou Andreas Salomé y Sabina Spielrein- analiza las relaciones de la historia subjetiva, sus análisis, las consecuencias que ellas deducen en sus producciones teóricas, y los aportes para el psicoanálisis en la cuestión del enigma femenino y la definición de la mujer.

Me interesa destacar un rasgo que Laurent ubica en ellas de *drop-out*, cada una a su manera muestra una ruptura con el discurso que las rodeaba. En ellas, la salida del análisis está marcada por una falta y a partir de esa falta, el trabajo de transferencia las

llevó a lograr hallazgos útiles para sus colegas. Señala además que a pesar de que se las podría describir como fálicas, en tanto siguiendo su ambición llegaron al éxito y a ocupar un lugar de líder, salvo Anna Freud y Melanie Klein ninguna de las demás era organizadora o pertenecía al aparato de grupo de su época. Se sorprende ante el hecho de que hayan permanecido bastante solitarias en sus posturas, sin hacer bandas ni pertenecer a la corriente principal de la institución psicoanalítica de la época. Entonces ubica a Anna Freud y a Melanie Klein como “organizadoras de convento” y a las otras “más bien ermitañas”.

Observa que esto abre una vía para entender las relaciones originales de la posición femenina y de la institución, que se diferencia de la tendencia al conformismo del grupo varonil a la manera en que lo había estructurado Freud. Y destaca la desconfianza de estas mujeres analistas en relación al poder; incluso Anna Freud y Melanie Klein quienes en sus relaciones con la institución y con la organización tenían un lugar importante pero el poder pertenecía más bien a su entorno.

Finalmente Laurent, en este texto, concluye en una puesta en valor de los aportes femeninos al movimiento psicoanalítico que anudan al psicoanálisis la vida de estos sujetos, quienes de manera singular han hecho pasar el propio fantasma a su vida y al psicoanálisis.

Pienso que podemos leer allí también los puntos de detención de cada una en la elaboración teórica y en la práctica en relación a dificultad con lo femenino, y los puntos de impasse en sus análisis.

## Las mujeres analistas

Lacan en el 75', en la *Conferencia de Ginebra sobre el síntoma* (1998: 136), posteriormente a su escritura de las fórmulas de se-

xuación, y luego del seminario 23 sobre el *sinthome*, se refiere en los términos de nuestro título a “las mujeres analistas” y dice “son las mejores. Son mejores que el hombre analista”.

Sin eludir el tono irónico con el cual responde a una pregunta del auditorio sobre si puede sostener la recíproca respecto a su afirmación “la mujer es síntoma de un hombre”, dice que sí pero con una salvedad: “que las mujeres comprenden muy bien que el hombre es un bicho raro” y que “esto debe ser juzgado a nivel de las mujeres analistas”. Es llamativo que diga “las mujeres” cuando momentos antes, en la misma conferencia había afirmado: “Ellas mismas son *no todas* [...] no se prestan a la generalización [...] a la generalización falocéntrica”. Explica que las mujeres “avanzan”, mientras que los hombres “necesitan un duro quiebre”. Podemos pensar esto último en relación con lo que años antes ya había planteado en el seminario 10: ellas son más libres en su deseo por cómo se ubican a partir del objeto *a* (Lacan, 2006: 193-201). Punto que retomaré más adelante.

Encuentro que Lacan mantiene, en el curso de su enseñanza, esa tensión entre género, estructura y sexuación cuando se refiere a la condición femenina. Incluso antes de que en el *Seminario 20* formalizara la sexuación, teníamos ya la particularidad de lo masculino y lo femenino vinculada a como los sujetos se ubicaban en relación al falo significante. Aunque allí la cuestión de lo masculino y lo femenino pareciera deslizarse a lo particular de las neurosis: obsesiva e histérica.

Pero cuando en el psicoanálisis hablamos de lo masculino y lo femenino conviene referirnos a posiciones sexuadas y no al sexo anatómico; más allá de que la anatomía y las modalidades de estructura subjetiva jueguen su papel en relación a la particularidad como cada uno se ubica en relación a las formulas de la sexuación.

Esta tensión respecto a lo femenino entre género, estructura y posición sexuada la vemos plasmarse también en las afirmaciones de Lacan respecto a las analistas mujeres. Podemos caracterizar estas afirmaciones como equívocas, enigmáticas, dice algo y lo contrario a la vez; en la modulación misma expresan la dificultad de generalización que implica el No-todo femenino en relación al falo.

## Para saber qué es un analista se requiere la escuela

Antes de tratar de ubicar cómo puede incidir la posición sexuada en la función de analista, quisiera referirme al término *analista*. Así como Lacan retoma, a lo largo de sus desarrollos, la pregunta freudiana que plantea el enigma de la sexualidad femenina; otra pregunta atraviesa su enseñanza y su política institucional del psicoanálisis: ¿qué es un analista? ¿Cuál es la especificidad de su deseo? Pregunta que podría pensarse como premisa de la escuela que fundó Lacan. Es alrededor de esta pregunta, que se relanza cada vez, que construimos el saber teórico sobre la práctica y la experiencia. Y es con ese espíritu que Lacan propondrá, tres años después de su acto de fundación, en el centro de la escuela, el dispositivo del pase.

Por eso al comienzo decía que hablar aquí de *las mujeres analistas* me resultaba doblemente problemático. Para hablar del analista se necesita la escuela; no es sin la escuela con el dispositivo del pase y su enseñanza sobre la producción de un analista como resultado de un análisis; y además donde cada analista debería dar testimonio de su práctica, como dice Lacan: "...que de lo que hace de testimonio, de cierta manera" (Lacan, 1998: 136). A partir de la enseñanza que surge de la transmisión de los AE con sus testimonios, y de la enseñanza que resulta del trabajo efectivo del Cartel del Pase, podremos bordear algo vivo en relación a la

función del analista, cómo cada uno puede encarnar esta función.

Así, invitada a una actividad de la EOL en una ocasión en que la conversación giraba alrededor de su testimonio de análisis, Estela Solano decía:

la Escuela de Lacan [...] quiere saber, y poder responder en consecuencia a la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que hace posible que haya psicoanalista a partir de lo que resulta de un análisis? ¿Qué es lo que permite decir que exista la condición de psicoanalista, independientemente del hecho de que los haya funcionando como tal? (Solano, 2009: 91)

En esta conferencia en Ginebra, Lacan hace referencia a su Proposición del '67, y a su invento del pase para el esclarecimiento de qué pasa cuando alguien se asume como analista. Sólo él mismo puede asumirse como tal y es libre de ofrecerse a esa prueba de confiárselo a gente que está en el mismo punto que él. Y esto sigue lo que nos recomienda Freud cuando tenemos un caso en análisis, no ponerlo por adelantado en un casillero, lograr cierta independencia respecto a los conocimientos adquiridos que nos permita ubicar la particularidad del caso (Lacan, 1998: 136).

## Lo femenino y la posición de analista

Ahora sí, retomo la afirmación de Lacan respecto a las mujeres analistas, apuntando a la relación entre la condición femenina y la condición de psicoanalista.

Siguiendo la lógica del análisis, el analista opera desde la posición de semblante en la transferencia. Y esto, desde el comienzo de un análisis, supone el consentimiento del analista a ocupar la

posición de objeto que el analizante le asigna, sin saberlo, en su fantasma. Entonces la posición del analista en la transferencia es la de semblante de objeto *a*. Porque en relación al goce que debe aprehender en los dichos del analizante “no hay otra posición sostenible”, como explica Lacan en *...o peor* (Lacan, 2012: 170). Que el analista ocupa la posición del semblante es lo que escribe la fórmula del sujeto supuesto saber con la cual articuló la transferencia.

En el *Seminario 10*, hablando sobre la transferencia y la contra-transferencia a partir de los escritos de analistas mujeres, observa: “parece que la mujer comprende muy, muy bien qué es el deseo del analista”. Y dice que si bien en la cuestión del deseo la función del *a* desempeña su papel tanto en hombres como en mujeres, a ellas se les simplifica mucho la cuestión del deseo, en tanto se interesa en el objeto como objeto del deseo del Otro. Mientras que en el hombre el hecho de que la función fálica esté marcada por el signo *menos* de la falta, hace que su vínculo con el objeto necesite pasar por la negativación del falo y el complejo de castración (el  $-\phi$  en el centro del deseo del hombre), esto no sería un nudo necesario en la mujer. Ella se enfrenta al deseo del Otro en cuanto tal y en esa confrontación el objeto fálico interviene en segundo lugar y por su papel en el deseo del Otro.

Esta simplificación [...] es lo que le permite, cuando se dedica a nuestra noble profesión, estar respecto a dicho deseo en una relación mucho más libre, sin perjuicio de cada particularidad que ella pueda representar en una relación.  
(Lacan, 2006: 193-201)

Podemos ver aquí una anticipación, de lo que Lacan desarrollará en el *Seminario 20* (1981) respecto a la división de una mujer en su goce que la vincula con el *a* (como plus y no vinculado a la

falta) y al Otro barrado. Siguiendo las fórmulas de la sexuación, la posición femenina supone que una mujer para abordar el goce, además del goce fálico, parte del objeto *a*.

Entonces, ¿esto le facilitaría a una mujer consentir a la posición de semblante de *a*, mientras que en el hombre, ser portador del falo haría obstáculo a ocupar la posición de semblante de tenerlo? Podríamos responder que sí.

Pero Lacan en *La Tercera* dice:

[para hacer de objeto *a*]... para ser su semblante, hay que tener condiciones. Es especialmente difícil, más difícil para una mujer que para un hombre, contrariamente a lo que suele decirse. Que en ocasiones la mujer sea el objeto *a* del hombre no significa para nada que sea de su gusto serlo. Pero en fin, son cosas que suceden. Sucede que ella se le asemeje naturalmente. (Lacan, 1998: 83)

Extraigo de aquí que para una mujer, justamente, es el hecho de identificarse al objeto del fantasma de un hombre lo que puede hacer obstáculo a la posición de analista de semblante de *a*. Ya que no es lo mismo identificarse al semblante, que ocupar la posición de semblante donde el semblante se muestra como máscara, distinto de sí mismo, para producir efectos sobre el goce y no para alimentarse de él.

Algo más sobre la posición de semblante: el mismo año, en una de sus conferencias en USA, ubica en el discurso del analista al silencio como semblante de *a* (Lacan, inédito). Acerca de este lugar del silencio, hay una observación de Laurent, en el texto citado (1999: 17- 20). Allí nos acerca la lectura del fragmento del seminario *La carta robada* donde Lacan señala que el lugar de la Reina, no es del orden del ejercicio de un poder; eso queda del

lado de un hombre de acción, el ministro. La posición de la Reina se define con su silencio. Entonces dice, todo gira alrededor de la mujer, y la Reina: “para estar a la altura del poder de este signo, lo único que tiene que hacer es permanecer inmóvil a su sombra”.

Laurent afirma que Lacan “hace de la Reina una teórica del no-actuar” y ubica que hay relación estrecha entre esa posición y la del psicoanalista. Cita a Miller en un comentario de “La dirección de la cura...” donde señaló que el deseo del analista no tiene mejor formulación que el deseo de rechazar el ejercicio del poder y que Lacan anhela medir al psicoanalista ante ese desafío, “el analista rechazando la acción desencadena poderes mucho más radicales”.

Se trata de la vía del no-actuar del sabio chino que Lacan refiere en *Televisión*. Podríamos vincular entonces el no-actuar, al saber consentir a la posición de semblante de objeto.

Ahora bien, más allá de las diferencias que implican en la relación al Otro el ubicarse en uno u otro lado de las fórmulas de la sexuación, y más allá de las diferencias en hombres y mujeres en la manera de relacionarse con los semblantes, lo femenino es una dificultad tanto para hombres como para mujeres. Y si el síntoma, el fantasma, funcionan como arreglos neuróticos con esta dificultad, se trata de que cada uno, hombre o mujer, como producto del análisis, logre otro arreglo para acercarse a ese borde.

En este sentido encontramos en la serie de testimonios del pase una enseñanza muy valiosa sobre como los psicoanalistas existen uno por uno. Por ejemplo, en un texto post-analítico Ana Lucia Lutterbach Holck (2009), a partir de su propio testimonio del pase explora la posición del analista y su relación con lo femenino en el final de análisis. Señala como ha jugado en su propio análisis la función del semblante en relación al sujeto supuesto saber, al objeto *a* y a lo femenino, posibilitándole finalmente ocupar la posición de semblante de objeto en el discurso analítico.

Allí precisa muy bien la cuestión que nos ocupa hoy: "...no se trata de La mujer, sino de la afinidad de la posición del analista y lo femenino, que a pesar de todo, no es un privilegio de la mujer, como demuestra la histeria". Ubica, en la experiencia de su análisis, momentos distintos en relación al objeto, y cómo la revelación del fantasma y nominar el goce tuvo para ella el efecto de extracción del objeto que velaba el agujero, vaciándose el fantasma de consistencia imaginaria. Esta operación traspone el objeto de su función de obstrucción a causa de deseo. Ese despegue de la identificación en la que se creía ser un objeto, esta separación tiene como efecto la posición de causa de deseo, dice: "no se es pero puede hacerse semblante de objeto de deseo para otro. Esta experiencia es la que permite ocupar la posición de analista. Suspendido de su ser, el analista se torna semblante de *a*, como las gotículas suspendidas del arco iris, es coloreado por el espectro, por el fantasma del analizante".

Finalmente parafraseando a Blanchot en la respuesta a la pregunta ¿qué es escribir?, dice: "La posición del analista se aproxima a aquella del escritor, o del poeta, que al dejarse tomar por el texto, escribe, y no lo hace porque quiere, ni porque debe, se trata de una elección forzada. Forzada pero sin ningún mandato venido del Otro, simplemente porque 'es preciso', es respuesta a una pregunta ignorada".

Miller en su antiguo curso que lleva por título Elucidación de Lacan (Miller, 1998: 515), dice: "el analista como tal no existe, es lo que tienen en común el analista y la mujer, en el sentido de Lacan". Y "no existe el analista" significa que no hay un concepto, una esencia, una idea de analista. Entonces los analistas pueden representar al Otro, aunque la alteridad del analista que se ubica en el *a* se relaciona no con el Otro sino con el Otro barrado. "Usamos la palabra 'analista' pero falta el significante del analista como tal".

Por último, quiero citar un *witz* de un colega italiano, Antonio di Ciaccia<sup>1</sup> en respuesta a una paciente que le dice: “He venido a verlo a usted porque quería analizarme con un hombre”, le soltó muy seriamente: “Y ¿qué le hace pensar que lo soy?”

## Bibliografía

- Lacan, J. (1984). “El atolondradicho”. En Revista *Escansión 1. Publicación Psicoanalítica* (p.36). Buenos Aires: Paidós.
- (1998). “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma”. En *Intervenciones y textos 2* (p. 136). Buenos Aires: Manantial.
- (2006). *El Seminario, Libro 10: La Angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- (1981). *El Seminario, Libro 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós.
- (1998). “La tercera”. En *Intervenciones y textos 2* (p. 83). Buenos Aires: Manantial.
- (inédito). “Improvisación sobre el discurso analítico”. Conferencias en EE.UU. Instituto tecnológico de Massachussets, 2 de diciembre de 1975, no editado
- Laurent, E. (1999). *Posiciones femeninas del ser*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Lutterbach Holck, L. (2009). “El analista, la mujer y el arco iris” (texto presentado en el VIII Congreso de la EBP, Florianópolis, abril de 2009). En Revista *Consecuencias* (3). En línea: <[www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/003/](http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/003/)>.
- Consultada el 3 de julio de 2013.
- Miller, J. A. (1998). *Elucidación de Lacan. Charlas brasileñas*. Buenos Aires: Paidós.

---

<sup>1</sup> Citado por Gustavo Desal en “Editorial” de *Too Mach* n° 4. Hacia las IX jornadas de la ELP “Los hombres y sus semblantes”, publicación digital.

Solano, E. (2009). “Testimonio de Estela Solano. La práctica del pase”, *Feminidad y fin de análisis* (p. 91). Buenos Aires: Grama ediciones.

———(2012). *El Seminario, Libro 19: ...o peor*. Buenos Aires: Paidós.